ORACION FÚNEBRE

DE S. M. LA REINA

D.ª M.ª DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON

PRONUNCIADA POR EL

Illmo. Sr. Dr. D. Servando Arbolí

EN LA

Santa Iglesia de Sevilla el 5 de Julio de 1878.

ORACION FÚNEBRE

DE S. M. LA REINA

D.ª MARIA DE LAS MERCEDES

DE ORLEANS Y DE BORBON

QUE EN LAS SOLEMNISIMAS

EXEQUIAS CELEBRADAS POR SU ETERNO DESCANSO

EN ESTA

SANTA METROPOLITANA Y PATRIARCAL

IGLESIA DE SEVILLA

EL 5 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO

Á EXPENSAS DEL

EXCMO. AYUNTAMIENTO

PRONUNCIÓ

EL ILLMO. SR. DOCTOR DON SERVANDO ARBOLÍ

Dignidad de Capellan Mayor de San Fernando de la misma, Subdelegado Castrense de la ciudad y arzobispado, Misionero apostólico, Capellan de Honor honorario y Predicador de S. M., de la Real Academia de la Historia y ELECTO de la Sevillana de Buenas Letras, Arcade Romano, Caballero Comendador de las Reales Órdenes de Cárlos III y de Isabel la Católica, &c., &c.

SEVILLA

G. ALVAREZ Y C.ª, impresores de Cámara de S. M. el Rey
calle Murillo números 6 y 8.
1878

Al Sr. Dn. José Rosety
su affmo. amº
S. Arbolí

Se imprime por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento y con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

†

Deposuit vestimenta ornatus sui, et circumdata est gloriâ suâ.

Dejó ella los vestidos de su adorno, y se atavió con los de su gloria.—Esth. XV, 4.

«*Y el Rey la amó con preferencia á todas, y halló gracia y favor delante de Él más que todas las mujeres, y puso en su cabeza la corona real, y la hizo reinar sobre su pueblo*» (1). Así, Excmos. é Illmos. Señores, entonábamos cánticos de triunfo há poco más de cinco meses, y repetíamos en aquellas palabras las finezas y bendiciones que habian llovido sobre el pueblo español, en un enlace feliz, augurio de colmadas esperanzas. Con esa misma frase bíblica meditaba yo en mi alma los grandes designios de la Providencia sobre la jóven augusta que se llamaba á compartir el trono de Recaredo y Fernando, de Isabel y de Alfonso. Hoy, católicos.... vedlo; mi labio se resiste á pronunciarlo, porque mi corazon no pudo creerlo nunca; hoy fúnebres plañidos y enlutados crespones, oracion y silencio, lágrimas y afliccion de espíritu: ¡ay! es que sopló el

(1) Esth. II, 17.

huracan del desierto y se inclinó sobre su tallo la flor más galana de los plantíos de Jacob; es que el Señor no ha perdonado ni lo más precioso de Israel; es que.... miradlo, rota la corona, quebrantado el cetro, diseminadas sus perlas y helado el manto que guarecia los intereses de la Patria, se eleva triste y silenciosa la estatua de la muerte; y ya que no pudo su imperio borrar de nuestro corazon esos eternos ideales, esos ecos dulcísimos, esa página tan bella en que envolvíamos, todos á una, la más simpática de las figuras de la Historia, probó las fuerzas del dolor, arrebatándonos el tesoro en que cifrábamos tan legítimo orgullo. Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, la Reina inolvidable, la tierna esposa de nuestro jóven Monarca, ya no existe. ¡Gran Dios! rectos son tus juicios; que el Cielo es la patria de tus ángeles.... la tierra el escabel de tus plantas y el lugar de nuestra expiacion. Si no merecemos tus favores, ¿cómo no hemos de bendecirte, al adorar el brazo de tu justicia?

Entre todos los pueblos de la nobilísima Hesperia, abismada hoy en mar inmenso de angustias, hay uno que si compartió con la angelical Mercedes de Orleans las inocentes alegrías de la juventud y las primeras notas del himno epitalámico, hoy ha convertido el tranquilo curso de sus rios en un torrente de lágrimas, y el fondo de los corazones en ardiente pira donde devora su dolor y ofrece á Dios sus holocaustos. ¿Quién podrá dudarlo? Vuestros suspiros, ilustres sevillanos, vuestros suspiros han formado esa atmósfera ideal en que se guarda un nombre imperecedero. Vuestra ansiedad de ayer, vuestro luto de hoy, vuestra desolacion y vuestro llanto, han volado como para recibir en brazos de un tiernísimo sentimiento las emanaciones que dejara al cruzar por los espacios el ángel que se desprendia, deslizándose entre océanos de luz, para llegar hasta Dios; y del Bétis caudaloso al triste Manza-

nares no hay más que una fórmula, una síntesis, una palabra que con el ¡ay! conmovedor del espíritu lleva y llevará á todos los dominios españoles el misterio de un dolor que no se extingue, y de un amor que será el manto real que envolverá siempre su memoria.

Y si cada uno de vosotros, con esa autorizacion que da una pena tan acerba y con esa seguridad de quien acompañó los dias tranquilos de la Infanta y de la Soberana, sorprendiendo su sonrisa, recogiendo sus palabras y engalanándose con sus títulos, porque ántes los habíais grabado en vuestro corazon cautivo de sus perfecciones; si cada uno de los que me escuchan podria ahora mismo formar su elogio fúnebre, sola la Religion, Señores, sola la Religion sabe escribir el panegírico que corresponde en todos tiempos á las grandes necesidades de la época y al ansia de nuestras almas; porque esta Religion considera á la augusta Reina, objeto singular de nuestro amor, como la jóven bendita que por providencia de Dios ha depuesto las vestiduras de su ornato, ataviándose con las de su gloria, y que nunca aparece á nuestros ojos más radiante, nunca más embelesadora, que en ese mismo lecho de su dolor, por el que se dispone á penetrar en el Palacio del Rey inmortal de los siglos, para cubrirse con el diplóide de la justicia, y recabar en el mundo por derecho propio la gloria de la posteridad. *Deposuit vestimenta ornatus sui, et circumdata est gloriâ suâ.*

Sólo, pues, me corresponde, porque así lo habeis querido, ilustres representantes de la piadosa Sevilla, ser el fiel intérprete de la Patria que la llora y el eco consolador de la Religion augusta que la enaltece. Hay una providencia que admirar en los caminos que la conducen al trono; hay un decreto que bendecir en las amarguras que circundan su lecho; pero en uno como en otro caso, su verdadera grandeza es algo más que se oculta á la mirada

del hombre, es un perfume suave que exhala su aroma en la conciencia y que le asegura, con la gracia del Señor, un trono más esplendente, una diadema más fúlgida, un reino más dilatado.

Este será todo el objeto de vuestra indulgente y esmerada atencion en esta mañana.

Cuando el inmortal Bossuet, atrevido como las águilas; cuando el gran Arzobispo de Cambray y el elocuente Obispo de Nimes, pronunciaban aquellas admirables oraciones fúnebres de los Príncipes de la sangre y enumeraban las glorias de Borbon y de Orleans en sus títulos legítimos y en sus más ricos abolengos, rara vez, Señores, ni aquellas lenguas de oro, ni los insignes predicadores de nuestra España al acometer igual empresa, pudieron mirar con serenidad la tumba sobre que esparcian sus flores. El patético Massillon, al exclamar ante los restos de Luis XIV, «sólo Dios es grande,» levantaba una protesta contra la debilidad que se ensalza y contra el orgullo que se encumbra; pero hoy, católicos, todos podemos repetir, «Dios es grande,» sin ofender á la Historia y sin que las gasas de ese túmulo se muevan como impelidas por un viento de contradiccion. Revive entre sus despojos una grandeza colosal, y se encuentra entre sus cenizas un fuego que regenera y que alumbra, ilustrando la conciencia y consolando á la Patria; sí, templando su dolor al pueblo de tantos infortunios y diciéndole: «No es desgraciada la Nacion que puede tejer coronas de siemprevivas sobre el sepulcro de una Reina inocente, en quien todo elogio hallará por único obstáculo la modestia con que ocultó sus he-

chos, la humildad con que se escondió la flor del valle y ese velo misterioso que, extendiendo sobre su frente el pudor, nos dió á todos el derecho de amar lo desconocido, de acatar sus arcanos y de venerar con el respeto más íntimo la más angelical de todas las glorias y la más inofensiva de todas las gerarquías.»

Este pueblo podrá hoy con acento doloroso despertarla de su sueño y decirla, como á la esposa de Asuero, «acuérdate, hija mia, de los dias de tu pequeñez y de cómo fuiste criada por mi mano,» «*memorare dierum humilitatis tuæ, quomodo nutrita sis in manu mea*» (1), miéntras que ella, fiel á su vocacion, á su nacimiento y á sus destinos, se ha mostrado en los dias de la juventud, y en el santuario del hogar, como la Princesa piadosa y el ángel de caridad y de ternura; entre los esplendores del trono, como la Reina humildísima y el astro bienhechor del pueblo; y en las agonías de su enfermedad, como el modelo de fe, el prodigio de resignacion y el ejemplo más conmovedor para la España. Por esta maravillosa manera, debemos reconocer hoy, ante esos trofeos de la muerte, que nuestra amadísima Soberana ha dejado los vestidos de su adorno, despreciando la vanidad de toda pompa del siglo, y se ha circundado de gloria, en la más estricta observancia de los preceptos cristianos: *Deposuit vestimenta ornatus sui, et circumdata est gloriâ suâ.*

Muchos de nosotros, de los que hoy venimos á llorar una pérdida tan irreparable, acompañábamos ayer, en el

---

(1) Esth. XV, 2.

dia de su regocijo y de sus goces más íntimos, á la Princesa elegida del Señor; y, absortos al contemplar tanta fortuna, creíamos que el dedo de Dios habia señalado ese camino que corren los genios y esa senda prolongada que conduce á la felicidad. En todo podíamos pensar, en todo.... ménos en su dolor y en su muerte. Pero ¡ay! sus dias iban á declinar como sombra, su existencia iba á secarse como heno, *dies mei sicut umbra declinaverunt, et ego sicut fœnum arui* (1), como sombra, católicos, pero sombra luminosa que, llenando en pocos dias, en el brevísimo espacio de diez y ocho años, la plenitud de la mujer perfecta, nos dejaria para siempre esa memoria inmortal de tantas gracias, tanta abnegacion, tanto amor aglomerados en una niña, como flores cultivadas en el seno de su corazon, en ese vaso tan precioso que el gran Obispo de Milan, al hablar de la vírgen cristiana, considera como cercado de la proteccion divina contra las borrascas del siglo, y murado de virtudes que exhalan una suave fragancia.

Si repasamos los dias serenos de su niñez y la primavera de su vida; si nos acercamos en la Corte á los Reales Alcázares, confundiendo tal vez en uno mismo los himnos de su nacimiento, el veinticuatro de Junio del año mil ochocientos sesenta, con los de los triunfos nacionales adquiridos por aquellos dias en la paz de Whadrras, despues de una campaña gloriosa; si sorprendemos esas escenas ejemplares en el opulento Palacio de San Telmo, como en la risueña morada de Sanlúcar; si la contemplamos, merced á una severa educacion que admira el mundo, crecer en estudios como en méritos, y, sobre todo, en la piedad cristiana, heredada de sus mayores; si la vemos en ese matizado conjunto donde Dios puso á la vez con la belleza el pudor, el carácter con la sencillez, la abnegacion con

(1) Psalm. CI, 12.

la energía, la juventud con la gravedad, la obediencia con el amor y la fe con sus misteriosos encantos, con sus elevaciones sublimes; si meditamos, Señores, sobre todo este cuadro interesante, yo me atreveré á deciros que la niña no ha muerto, sino que duerme: «*Non est enim mortua puella, sed dormit....*» (1): que la diestra del Señor ha triturado á su enemigo implacable, pudiendo exclamar ante ese mudo testimonio de su negra dominacion: «¿Dónde está tu victoria?» «*Ubi est, mors, victoria tua?*» (2).

El duelo general lo ha comprobado: que no lloran los pueblos, Excmos. Señores, no lloran por la impresion de un momento, ni se amargan por veleidades. La España entera, sin distincion de clases ni personas; la España de todos los corazones que saben sentir, exhaló un grito de dolor al entender que padecia la inocencia. ¡Qué digo! ¡No quisiera pronunciar una palabra que me disuena mucho en las alturas de la predicacion! Los partidos, los partidos que no pueden tener corazon, porque sólo les gobierna el cálculo, perdonaron sus enconos, y todos vinieron á llorar, como todos habian acudido á bendecir; todos clamaban á Dios por la salud de la Reina, como todos la habian admirado, imperando sobre ellos con el candor y la hermosura. Hé aquí, Señores, el fruto sazonado de las virtudes que atesoraba su alma, como si el Señor la hubiese dicho: «Perfecciona tus obras en mansedumbre y serás muy amada, además de obtener gloria de los hombres.» «*In mansuetudine opera tua perfice, et super hominum gloriam diligeris*» (3). No ha necesitado ella la madurez de los años para alcanzar esos honores en la pública aclamacion: que cuando la celestial sabiduría rige el espíritu de los Prín-

(1) Math. IX, 24.
(2) I Cor. XV, 55.
(3) Eccli. III, 19.

cipes; cuando la buscan como el Rey pacífico, y la aman desde la juventud, cúmplese la promesa, y el respeto entre los ancianos es el premio de sus afanes: «*Habebo propter hanc, claritatem ad turbas, et honorem apud seniores, juvenis*» (1).

Hay una virtud que descuella en esa niña encantadora; virtud que es el sello de la nobleza, cuando no lo es del genio inmortal llamado á realizar milagros. Vosotros la adivinais, nobles hijos de Sevilla, porque la admirásteis muchas veces en Doña María de las Mercedes de Orleans, cuyas tiernas manos abríanse al necesitado, y cuya modestia, verdaderamente incomparable, se esforzaba por encubrir estos méritos, no disimulando la pena más amarga si llegaban á esclarecerse. ¡Divina caridad! ¿quién no te adora en el Palacio de los Príncipes y en el humilde tugurio del vasallo? ¡Tú eres la única que sabes escalar el Cielo y abrir las puertas de Jerusalem en el dia de las desolaciones! ¡Tú eres capaz de ceñir una diadema más rica á la frente de nuestra Soberana, que cuantas glorias la grandeza y el amor se afanaron por ajustar á sus sienes!....

Pero la caridad recibe su alimento de Dios. Contemplad á esa augusta Princesa en las obras de piedad cristiana, para las que parece que su corazon fué prevenido en bendiciones de dulzura. La oracion asídua, la frecuencia de Sacramentos, la abnegacion más profunda, la humildad más perfecta, son frutos del mismo espíritu. ¡Ah! Sacerdotes del Señor, ¡cuántas veces la veíamos, aquí, en este lugar santo, bajo las bóvedas de esta prodigiosa Basílica, postrada ante los altares, acompañando nuestros cánticos, siguiendo nuestra liturgia y bañándose en nuestros inciensos, en esa atmósfera que parecia ser suya, como

---

(1) Sap. VIII, 10.

ángel de predestinacion! ¡Ayer, nada más que ayer.... la admirábamos enternecidos! ¡Hoy.... en este mismo templo, aquí, donde el dia parece que se duerme en las sombras de una eternidad que se acerca, y en el vestíbulo de esa Patria donde todos somos ciudadanos, acaba de inmolarse víctima infinita por su eterno reposo, y el pueblo fiel, que se agrupaba entónces para embriagarse en su ejemplo, hoy se aproxima al altar para regarlo con lágrimas! Pero, notadlo bien, Señores; ayer como hoy se ha cumplido la palabra del Sabio. «La mujer que atesora gracias de virtudes encontrará la gloria verdadera.» *Mulier gratiosa inveniet gloriam*» (1). No espereis estos lauros para la juventud que educó la razon independiente, ni áun para esos mágicos nombres que guarda la Historia en un panteon de recuerdos. Las Hortensias y Octavias no pudieron realizar esos ideales bellísimos que, al transfigurar á la vírgen ó confirmar á la mujer perfecta, pusieron en ella algo de Dios, algo de ese Dios nacido para el hombre del seno virginal de una doncella de Judá, y que ha querido, como símbolo de todas las grandezas y manantial de todas las ternuras posibles, encomendar la Humanidad á una Mujer en la sangrienta cima del Calvario.

¡Qué tranquila se deslizaba su vida! La desgracia y el dolor al punzar su corazon, cuando no perdonaron el Palacio de los Infantes de España, la hubieron de servir para templar su carácter en fuego desconocido. Vivia entre sus padres y hermanos como luégo vivió en el Alcázar del Duodécimo Alfonso. Era á semejanza de aquellos lagos tan puros, que se esconden en la cima de las montañas y se surten de ocultos manantiales, en cuya clara superficie se retrata el cielo con sus nubes, la aurora con sus arreboles, el mediodía con sus astros, la tarde con sus me-

---

(1) Prov. XI, 16.

lancolías y la noche con sus estrellas. En vano se agitaba al lado suyo la opinion, se encrespaban las pasiones, se batian los intereses. Esa niña ignoraba de los acontecimientos todo lo que no podia servirla para bendecir al Señor ni para coadyuvar á sus buenas obras.

Mas llegó el dia.... el que amaneció risueño sobre todos para la Corte de nuestros Reyes, y el que saludó nuestra Nacion como faro benigno despues de cruzar inmensos océanos. Era ya el tiempo de hacer brillar entre los esplendores del trono la modestia y sencillez de un alma acostumbrada á reinar sobre sí misma.... ¡Ay! ¡católicos! ¡me faltan recursos para imprimir en vuestros ánimos las tiernas emociones del mio! Ni desconozco que á un orador profano exigiríais en este momento terribles responsabilidades para satisfacer ese cúmulo de aspiraciones, de ansiedades, de dudas, de temores, de proyectos y de encontradas ideas, que tuvieron su juicio y su más grave contienda en los dias que precedieron al veintitres de Enero del año en que lloramos tan inmensa desgracia. Léjos de mí aquellos forzados compromisos. ¡Se ha cavado una fosa, como allí se levantó un altar!!! Allí un modesto y candoroso *sí* unió ante la dulce Imágen de Atocha dos corazones leales en quienes parecian desposarse todas las opiniones legítimas y todos los derechos justos: aquí.... otro *sí*, exprimido entre sollozos y lágrimas, en el linde de la eternidad, en la postrer despedida de un alma generosa, anunciaba la resignacion que se humilla al borde del sepulcro.... ¡Oh! ¡Dios mio! Allí un pueblo inmenso y pechos mil embriagados de entusiasmo, veian circundado de gloria al ángel de sus esperanzas, capaz de realizar la enfática palabra del Profeta, «cuando deslumbrado el sol, se entibiaria en su meridiano, y la luna se avergonzaria en sus reflejos.» «*Erat enim formosa valdè, et incredibili pulchritudine, omnium oculis gratiosa et amabilis vide-*

batur» (1); aquí.... un lecho mortuorio, y oraciones y lágrimas, y marchita la corona de azahares, y rotas las vestiduras del desposorio, para tomar el traje de esas nupcias cuyas arras no las come la polilla, y cuyos goces se renuevan en miles de generaciones.

¡Señores, no puedo proseguir! Pero creo haber divagado. Esa niña que deja los hábitos de la infancia para ceñir la diadema, es el símbolo de la más noble aspiracion. El enlace de nuestros Reyes señaló en la Historia las etapas del progreso social, ó aplazó por algun tiempo la prosperidad de la Patria. El de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon retardó en trescientos años la unidad española. El de Isabel y de Fernando llevó á cabo en la vega granadina esa epopeya de gloria, que se escribió con la cimitarra del árabe y con la cruz del guerrero cristiano, para alzar el estandarte de la fe donde ántes flotaba el de la media luna. ¿Asistíanos ahora algun derecho á esperar grande ventaja y bendicion copiosa sobre el Palacio de nuestros Reyes? Esa Reina tan humilde, tan modesta, que diariamente se ocupa en trazar por sí misma los vestidos de sus pobres, para distribuirlos luégo por sus manos; esa Soberana, que lleva en su sonrisa la vida, que, segun la frase bíblica, *se cifra en la alegría del rostro de los Reyes;* esa Señora, que ha sabido realizar en cinco meses el gran milagro de la autoridad por el amor y del prestigio por las virtudes, ¿era la mujer destinada para nuestro jóven Monarca? Despues de Beatriz y de Berenguela.... despues de Bárbara de Braganza y de María Luisa de Saboya.... despues de la Católica Isabel, despues de tantos prodigios que fuera imposible enumerar, ¿sería dado á la tierna Princesa Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon encumbrar sobre el sólio el valor de méritos

(1) Esth. II, 15.

rarísimos y de ejemplos eficaces? Nosotros teníamos derecho á esta esperanza; sí, sí, que al pié del sepulcro de Fernando III, ante el cuerpo incorrupto del Santo Rey, esa niña habia aprendido en la ciudad de Herrera,

«Cómo puede, despreciando el suelo,
Un Príncipe cristiano alzarse al Cielo....»

Yo la pude contemplar como la candorosa Rebeca en la presencia de Eliezer, y quise repetir, como el siervo de Abraham: «Esta es la mujer que preparó el Señor para el nieto de cien Reyes.» «*Hæc est mulier quam præparavit Dominus filio domini mei*» (1).

Fácil era reconocer en esta elegida aquella *gracia de la mujer diligente, que deleita á su esposo* en frase de los Sapienciales: y al constituir la familia con esa *mujer buena, que labra la felicidad del hombre,* debíamos admirarla, siguiendo el sagrado texto, *como ornato de su casa, á semejanza del sol cuando nace para el mundo sobre la cima de los montes.* Basta, Señores.... no me hableis de combinaciones diplomáticas, ni de cálculos interesados que no entiendo, ni debo entender, como ministro de Dios.... yo sé que «*los fundamentos son eternos sobre piedra sólida, y los mandatos divinos en el pecho de una mujer inocente.*» ¡Dejad, dejad, dejad que el amor busque su centro en la hendidura de las peñas y en la soledad de sus lamentaciones! ¡Dejad al ruiseñor que entone su primera cántiga en la arboleda en que plantó su nido; dejad que el pecho de los Monarcas se agite con la libertad de hijos de Dios y que consagre sus ánsias en aras del propiciatorio; dejad que la eficacia del más puro, más espontáneo y más tierno de los sentimientos una para siempre á los que están llamados á ligar consigo la voluntad de un pueblo numeroso;

---

(1) GENES. XXIV, 44.

y nó, no temais, pero ni soñeis tampoco venturas imaginarias en rumbos desconocidos! Cuando hoy decimos ante esa tumba, «ahí se apagó una lámpara que creimos de un fuego inextinguible,» yo tengo derecho, yo tengo derecho indisputable á sostener que esa lámpara podia alumbrar las sendas del bien público, iluminar á los ciegos, encender á los tibios y brillar en su zenit irradiando en ámbos hemisferios.

El pueblo español la amaba por su mansedumbre. El esposo Monarca habia cifrado en ella su consuelo; el ángel de paz acariciaba su frente, y todos los intereses sentíanse como renovados con la presencia de la más bondadosa de las Reinas. Modelaba el Arte su figura dulcísima; las Musas rodeaban sus sienes de laurel y mirto, y desgajaban azahares en esta ciudad de su amor para tejerle guirnaldas; la Religion la bendecia como un joyel de virtudes, y la inocencia la aclamaba, áun en el labio infantil y en la indecisa lengua de los pequeñuelos. Sí, Excmos. é Illmos. Señores; y aunque anticipe las ideas, ¿por qué no he de decirlo? Yo he visto, y se arrasaron mis ojos al mirarlo; yo he visto más de un ángel en el hogar de la familia, conmoverse al tañido de los bronces y al estampido del cañon, que anunciaban tan inmensa catástrofe: yo he visto, y la España lo admira con asombro, lo que es un pueblo sintiendo con un solo corazon y un alma sola, cuando alma y corazon quedan libres, sin que preocupaciones la nublen ni rencores lo cieguen. ¡Ah! sí, que el corazon ibero, capaz de desgarrar al leon que duerme en las arenas de la Libia, sabe condolerse y gemir, como sauce que se inclina en su llanto, y como ciprés que se eleva, para buscar en el espacio sus místicas consolaciones.

Yo no quisiera apenaros junto al sepulcro que ya esconde grandeza tan peregrina; pero debo, por último, ha-

ceros ver que en las horas del infortunio, bajo los dorados artesones del Palacio de nuestros Reyes, Doña María de las Mercedes de Orleans ha mostrado el valor de la resignacion con el encanto de la fe, y que al despojarse de los adornos del siglo, se ha circundado de gloria, de esa gloria que contemplamos alrededor de su tumba como el aire diáfano en que brilla y como la aureola purísima que ha iluminado su frente.

Desesperacion del saber y mofa de los recursos humanos serian esos terribles embates que derribaron en veloces dias una existencia tan llena de esperanzas. ¡Ay! yo repetiré con el Profeta de las grandes visiones, yo diré con Ezequiel: «Un viento abrasador secó sus frutos, marchitáronse y se quemaron los renuevos de su fortaleza.» «*Ventus urens siccavit fructus ejus, marcuerunt, et arefactæ sunt virgæ roboris ejus*» (1). ¡Qué momentos de angustia! ¿Los recordais, ilustres sevillanos? Era el veinticuatro de Junio; nos hallábamos en el coro, ante la augusta presencia de Jesus Sacramentado, acompañando el canto severo del nocturno y preparando la inocente plegaria de los niños ante el arca bendita del Señor: un anuncio pavoroso nos conmovió en nuestras sillas, un mismo afecto nos embargó en el instante.... ¡Se nos decia con urgencia que nuestra amada Soberana se encontraba en peligro!!! ¡Gran Dios! Tú lo sabes, todos te pedíamos con lágrimas que llevaras tus auxilios al lecho más augusto de nuestra España; todos prorumpíamos, y seguimos repitiendo en dias consecutivos, con el acento de David, que el Señor la confortara en su dolor. «*Dominus opem ferat illi super lectum doloris ejus*, y que ablandara con su misma mano el estrado de sus terribles dolencias.... *universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus*....» (2).

(1) Ezech. XIX, 11.
(2) Psalm. XL, 4.

Y miéntras tanto ¿qué acontecia? Que aquel espíritu se ensanchaba con el dolor y se crecia como sombra al alejarse del mundo. Su resignacion, su fe, su ternura, eran, Señores, algo más que efecto natural del aguijon del peligro; eran destellos de un alma levantada, cuyo primer cuidado fuera rodearse de los Príncipes de la Iglesia y recibir la gracia del Señor por el canal de sus Sacramentos. ¡Qué rostro tan sereno! ¡Qué labio tan prudente! ¡Qué piedad tan generosa! Siente dejar la vida, pero «por Alfonso y por sus padres,» dos sentimientos pulsados á la vez como cuerdas de cítaras concéntricas, y que ámbos llevan un raudal de lágrimas al esposo atribulado y á los padres augustos, á quienes la providencia del Señor ofreció este nuevo cáliz, despues de cortar en flor, como botones de rosas, tantas vidas preciosísimas, que fueran en un dia consuelo del hogar y encanto de la España....

Era de admirar, cristianos, en aquel cuadro de dolor, en aquella escena fúnebre, la más patética que se representó jamás en regio Alcázar, el último instante en que el espíritu de la Reina combatia por abandonar ya este desierto. ¡Ah! quizás, como otro Asuero, el desolado Alfonso se acercaba al ídolo de su corazon para interrogar en su mirada una postrera cita para el Cielo y sorprender en su labio una oracion eficaz para sus inmensas desdichas.... quizás la decia como á la desmayada Esther: «¿Por qué no me hablas ya?» «*Cur mihi non loqueris?*» (1). Y al lado suyo, el Pontífice de la Religion recogiendo plegarias y acumulando las misericordias; y al pié del lecho, estatuas vivas del llanto, los autores de sus dias, que la enseñaron á morir, sí, la enseñaron á morir, porque la hicieron fervorosa cristiana: y allí tambien las candorosas Princesas, como palomas heridas en su corazon y despojadas de su nido en

---

(1) Esth. XV, 15.

una noche implacable. ¡Dios mio! Todo se conmueve, ménos la Reina moribunda; todo llora, miéntras ella sonrie; todo agoniza, miéntras, ella, como querube celestial, se desprende, vuela.... llega.... toca al Trono del Señor y encuentra la vida y la gloria en el ósculo santo de la paz, en los tabernáculos de la confianza y en el descanso sempiterno. ¡Así queremos creerlo, Señor, y esperarlo de tus infinitos tesoros! ¿No habrás dado ya el mayor de los galardones y el más hermoso de los triunfos á esa niña, que sólo ciñó la diadema para enseñarnos que nunca la Majestad es más alta que cuando te conoce y te adora, ni nunca más querida que cuando siente en su pecho la revelacion de tu amor?....

Su fe cristiana y su resignacion admirable han llegado al heroismo en el lecho de sus dolores. Ella, á semejanza de aquella vision apocalíptica, ha depuesto su corona y entregado el reino á los piés del Santo de los Santos, diciéndole en el fondo de su alma: «Sólo Tú eres digno de recibir honor y gloria y virtud y bendiciones de tus criaturas.» ¿La vísteis? Contempladla bien: un hábito humildísimo de Nuestra Señora la Vírgen María de las Mercedes, y una pequeña cruz oprimida entre sus manos.... esos son los trofeos que ha elegido para llevarlos como blason de su gloria; esa es la vestidura que por su mandato expreso ha querido ceñirse para salir al encuentro de Jesucristo; esos son, Señores, los últimos ecos de una predicacion eficaz, comenzada en los ejemplos de la juventud y coronada con el sacrificio entre el estertor de la agonía y las ánsias de un corazon inocente. Así ha dejado las joyas de su ornato y se ha visto circundada de ese brillante fulgor que no podrá nunca apagarse entre las sombras del siglo: *Deposuit vestimenta ornatus sui, et circumdata est gloriâ suâ.*

¡Último suspiro que aguardaba el pueblo español

para envolverlo en sollozos! ¡Último aliento que llevó la desolacion al más atribulado de los Reyes! Mi corazon no puede ménos de imploraros aquí, aquí mismo, amados de mi alma, ante ese egregio monumento consagrado á la memoria de una Soberana ejemplar, oraciones y lágrimas para alcanzar del Señor la resignacion y el consuelo de un Soberano que llora, porque vió cortada en su mañana la flor querida de sus ilusiones, y deshecho en un instante ese pacto tan sagrado que, en dos voluntades unidas, ligaba con estrecho nudo los intereses y las glorias de toda la Monarquía, siendo á la par de edificacion para el pueblo y de escuela de respeto para todas las naciones cultas.

Orad, Excmos. é Illmos. Señores, dignísimas Autoridades y Jefes, respetables Centros y Corporaciones, Sacerdotes del Señor y pueblo fiel de las promesas; orad sin intermision é interponed vuestros ruegos entre la justicia de un Dios y las eternas misericordias de un Padre. Orad, ilustres hijos de la piadosa Sevilla, que ya son estas plegarias la ofrenda más aceptable á la memoria de vuestra Reina, de la que fué vuestra amiga, de la que fué vuestra hermana, de la que fué vuestro encanto. ¡Más grato á sus oidos será el gemir de vuestro pecho, que lo fué la brisa de las tardes, el aire primaveral y la cinta del arroyo en los vergeles de Andalucía! Vosotros, los dignos representantes del pueblo, habeis merecido bien de la Religion y de la Patria en este último tributo que á nombre de esta ciudad la consagrais en tan solemnes exequias. ¡Ah! La prenda de vuestro amor no pasará nunca al olvido: vivirá con el nombre arrullador de esa Reina angelical miéntras viva la gratitud, miéntras aliente el corazon cristiano, miéntras sea la virtud la más hermosa diadema de los Reyes y la humildad constituya la legítima grandeza del hombre. Llevad, mis amados hermanos, llevad este consuelo á ese Alcázar desolado, hoy cubierto de funerarios crespones; de-

cid al excelso esposo, y decid á los augustos padres: «*Vive vuestra consorte, vive vuestra hija en el corazon de un pueblo entusiasta,*» único sepulcro en que dormir pueden los ángeles, para despertar de su sueño en las más bellas transfiguraciones del espíritu, entre nubes de gloria y globos luminosos, que marcan en nuestro cielo las sendas de la prosperidad.

Sí, cristianos: que cuando los girones de púrpura son carcomidos por la polilla del tiempo; cuando el oscilar de las instituciones, el peligro de los intereses, la incertidumbre de los destinos pretenden como sepultar en la tumba de la Historia grandezas que nunca mueren, se despierta ese testigo fiel, conciencia universal del mundo; alza su voz la justicia, razon suprema de las leyes; se destaca entre sombras el candor, belleza eternamente simpática, y sobre losas y mausoleos, sobre allí mismo donde el hombre esculpió *muerte*, se escribe la palabra *vida*, y aparecen coronas que se creian ya deshechas, cetros que se juzgaron perdidos, mantos que se tuvieron por juguete y por ilusiones del viento.

Ántes de terminar mi oracion os dignaréis de permitirme una sola advertencia. Procuraré encerrarme en los más estrechos límites de mi ministerio, porque la palabra de Dios, Señores, es como el querubin encendido á las puertas del Eden, para prohibir la entrada á todo pensamiento vano y á cálculos de torpes intereses; pero os debo toda la verdad. El luto de la Patria nos impone obligaciones gravísimas, y al cerrarse para siempre esa tumba hemos contraido el compromiso de enjugar las lágrimas del dolor y de hacinar, para consuelo, los frutos de la resignacion y la obediencia. ¡Tiemblo, católicos, tiemblo ante ese espíritu vertiginoso que se duerme en nuestros dias á orilla de los precipicios!! Recelo de nuestro porvenir, si no multiplicamos con la gracia esas fuerzas que se

enervan y esos resortes que se debilitan en todo pueblo que abjura de sus tradiciones. Por eso es que debo protestar una y mil veces que el testamento de esa Reina tan llorada contiene dos legados riquísimos: el primero para Dios, en el respeto y amor á las instituciones sagradas, único fundamento estable del poder y de la grandeza; el segundo para la autoridad y para la Monarquía, en el más decidido interés por consolidar sus anchas bases y arraigar el árbol corpulento que cubre con sus ramas la extension de dos mundos. Todo para Dios y para su gloria; todo en provecho y en lustre de la Nacion, que si ha visto declinar en la tarde un astro de ventura, no puede renunciar jamás á sus grandiosos destinos. Que se extingan para siempre esos ecos henchidos de zozobra y saturados de encono.... que se abracen todos como hermanos al recuerdo de una Reina maternal y piadosa.... que obliguemos dulcemente las bondades del Cielo, para que el Señor reciba nuestras oblaciones y acepte nuestra plegaria, cuando pedimos hoy, de lo más íntimo de nuestros pechos, que el alma de la Reina Doña María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, por la misericordia de Dios, descanse en paz. Amen.



